

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

- | | |
|---|--|
| 8 de marzo: Domingo 3 de Cuaresma / A | Otros materiales: |
| 15 de marzo: Domingo 4 de Cuaresma / A | San Agustín y la iniciación cristiana (Joan Torra) |
| 19 de marzo: San José | |
| 22 de marzo: Domingo 5 de Cuaresma / A | |

Urge recuperar la Eucaristía

Por qué urge recuperar la Eucaristía? Pues porque se está sustituyendo por la exposición del Santísimo.

Me ha llegado que una joven asistente a una celebración eucarística preguntó cuándo terminaría esto tan aburrido y así empezaría la exposición del Santísimo. En esta parroquia se hacía bien, porque primero se celebraba la Eucaristía y después se hacía la adoración. En otros lugares simplemente se hace la exposición con efectos especiales (música, canto y luz), sin escuchar o proclamar la Palabra de Dios. Recordemos que Jesús habla desde el Evangelio, y que lo conocemos no contemplándolo o mirándolo en una hostia, sino escuchando su Evangelio. «Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo» (*Dei Verbum* 25).

En la Eucaristía actualizamos la Última Cena de Jesús, donde Él nos parte el pan, dándose, para que también nos demos solidariamente. Jesús sella la nueva alianza *con su sangre* (Lc 22,20), sacrificándose, ofreciéndose, para que también nos ofrezcamos y sacrifiquemos con Él, por Él y en Él al Padre en la comunión del Espíritu Santo. Jesús anticipa el banquete del Reino (Mc 14,25; Is 25,6-9), para que probemos juntos su victoria definitiva sobre el mal y la muerte. Jesús celebra la propia Pascua, forjando una especial y única relación entre nosotros, con Dios y con los pobres, amándonos *hasta el extremo* (Jn 13,1). ¡Merece la pena recuperarla!



La dignidad de la vida

Desde siempre, como no podía ser de otra manera, mi Congregación de Franciscanas misioneras de la Inmaculada Concepción, apostamos a favor de la vida, desde el momento de la concepción, luego en las sucesivas etapas del camino, y hasta el último aliento del ciclo vital, y eso lo intentamos plasmar y vivir en todos nuestros apostolados y proyectos.

La experiencia, en ese sentido, ha sido muy enriquecedora a lo largo de mi vida consagrada, ya estando en el campo docente, como en el sanitario y el misionero. Nuestras Constituciones Generales nos señalan que «nuestra acción apostólica, conforme a nuestro carisma de minoridad, se dirige preferentemente a los más pobres y necesitados, con un servicio humilde, desinteresado y abnegado, alegrándonos de tratar con ellos conforme a la concepción evangélica de Nuestro Padre san Francisco: "Sean menores y estén sujetos a todos", esforzándonos por conseguir una sociedad más justa y solidaria».

Apostolado docente

Como franciscanas misioneras, tratamos de cumplir lo que nos marcan nuestras Constituciones arriba mencionadas: «Las Hermanas educadoras deben esforzarse por encontrar for-



mas concretas e iniciativas para posibilitar a todas las familias el acceso a nuestros ámbitos escolares, a fin de que adquieran una mejor formación que redundará en mayor bienestar y elevación de su nivel de vida».

Guiamos al alumnado, en su trabajo formativo escolar, para que descubra sus aptitudes y limitaciones y aprenda a desarrollar todas sus capacidades, sea en el estado social en el que se halle. Esto lleva a los alumnos a estar preparados para que, en su vida, puedan dedicar sus esfuerzos y talentos en bien propio y en el de los demás, y así ayudar a que la sociedad en la que se encuentran progrese y se beneficie de una vida más agradable y próspera.

Apostolado sanitario

De este apartado, nuestras Constituciones nos señalan: «La actividad sanitaria y asistencial representa en la Iglesia la vida de Cristo curando y atendiendo a los enfermos y desvalidos. Ofrece una excelente ocasión

para practicar las obras de misericordia, viendo a Jesús en la persona de los miembros más dolientes de la humanidad».

La actividad sanitaria responde muy bien a nuestra vocación religiosa y nos ofrece, a las hermanas, una magnífica oportunidad para practicar las obras de misericordia, con los miembros más doloridos de la sociedad.

En los centros sanitarios tenemos una gran oportunidad de hacer el bien, a favor de los enfermos y ancianos. Los primeros porque, en esa circunstancia de su vida, la enfermedad los tiene «apartados» de sus quehaceres y actividades diarias, y necesitan una palabra de aliento y de esperanza. Y los ancianos, porque están en la última etapa de su vida mortal y, por ello, intentamos acompañarlos y hacer que, en ese período se encuentren protegidos, queridos, cuidados en sus necesidades y respetados en su dignidad de hijos de Dios que son.

Apostolado misionero

Nuestra Madre Fundadora, Ana Ravell Barrera, llevada por el Espíritu Santo, envió Hermanas a hacer el bien a lugares llamados *de misión*. Y nosotras, guiadas por este mismo espíritu inicial de la Congregación, vamos donde la Iglesia nos necesita y procuramos adaptarnos a la realidad y circunstancia de cada lugar en el que estamos, colaborando para que la situación en que se encuentran sus

gentes se vea favorecida y beneficiada en su vivir diario.

Estamos convencidas de que la labor misionera requiere de nosotras que estemos al lado de los que sufren cualquier tipo de privación o dolor, por eso, procuramos acogerlos y escucharlos con cariño, sirviéndolos en sus necesidades vitales y solidarizándonos con sus problemas.

Queremos ser, en esos lugares, terapia de escucha, cercanía amable, mano tendida, con gestos sencillos, pero naciendo de un corazón solidario, noble y auténticamente cristiano, como se nos pide a las mujeres consagradas.

Conclusión

Con estas pinceladas, trazadas anteriormente, he querido expresar la postura de mi Congregación y mi vivencia, relativa a poder colaborar para su bienestar y felicidad en el período vital de las personas con las que nos relacionamos en nuestro caminar de seguimiento de Jesús en la vida consagrada.

Como franciscanas, estamos llamadas a hacer el bien a toda persona que lo necesite. Tenemos presente lo que les dijo san Pablo a los Gálatas: «No nos cansemos de obrar el bien» (6, 9).

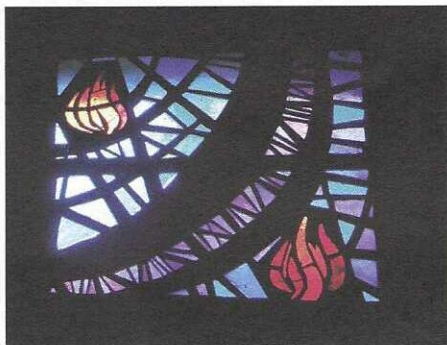
CONSOL MUÑOZ

*Consejera General de la Congregación
de Franciscanas Misioneras
de la Inmaculada Concepción*

La acción transformadora del Espíritu en la Eucaristía

La Eucaristía es el testimonio más dramático del encuentro entre escatología e historia; es el testimonio de una batalla existencial contra todo tipo de mal e injusticia, con la victoria asegurada al final. La irrupción de la escatología en la historia que tiene lugar en la Eucaristía es obra del Espíritu Santo. La epiclesis eucarística (descenso del Espíritu Santo) hace que el *siglo presente* sea transfigurado en el *siglo sin fin* en Cristo Jesús. El descenso del cielo a la tierra hace posible el alzamiento de la tierra hacia el cielo (significado por la anáfora) y llena toda la tierra de la luz y la alegría del Reino de Dios.

Desde los orígenes hasta hoy, la Eucaristía dominical permanece en el momento en que la Iglesia reunida se sensibiliza por el sufrimiento de gran parte de la humanidad y ofrece el propio óbolo. El vínculo entre el servicio de la mesa del Señor y el servicio de la solidaridad con los pobres, entre comunión eucarística y comunión solidaria, implica a toda la *comunidad sacerdotal* al servicio de los pobres del lugar donde se ha arraigado, a hacerlos espacio en la *comunión* eucarística, ya que son los *preferidos* del Padre (Mt 11,25-26; Lc 10,21; Sant 2,5) y los hermanos de Cristo (Mt 25,40), el Mesías y el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1; Jn 20,31) y el Salvador (Lc 2,30; Jn 4,42).



La asamblea eucarística es el acontecimiento central de la vida de toda la Iglesia diocesana. Bajo la acción del Espíritu, la Eucaristía crea y revela la *comunión* con la Trinidad y con el segmento de humanidad enclavado en aquel *espacio-tiempo*, pero también con la humanidad que el Padre, desde siempre, desde Abel hasta el fin del mundo, quiere salvar, insertándola en el *cuerpo* de su Hijo resucitado.

Gracias a la acción del Espíritu en la Eucaristía, probamos la eternidad del amor de Dios manifestado en Jesús. En ella acontece el banquete de la boda del Cordero (cf. Ap 19,7): «¡Felices los invitados!».

La Eucaristía manifiesta uno de los elementos clave de la venida del Señor: *el encuentro del Pueblo de Dios* disperso y, por extensión, de toda la humanidad *en un mismo lugar* alrededor de la persona del Mesías Resucitado,

A photograph of a brass baptismal font. The font is a large, shallow, circular basin with a raised rim. To the left of the font is a dark, cylindrical pitcher. In the foreground, near the bottom edge of the font, is a small, dark, round container with a lid. The background is a plain, light-colored surface.

Textos de san Agustín sobre la Iniciación Cristiana

Ofrecemos unos textos de san Agustín sobre la iniciación cristiana, que pueden ayudar a la catequesis bautismal y postbautismal.

◆ El Catecumenado

San Agustín escribió un breve manual sobre la catequesis que se da en el Catecumenado para preparar a aquellos que deben ser bautizados. Es el *De Catechizandis rudibus*. Vale la pena leerlo entero, pero mientras tanto, mirad cómo empieza:

Me pediste, hermano Deogracias, que te escribiera algo que pudiera serte útil acerca de la catequesis de los principiantes. Me decías, en efecto, que en Cartago, donde eres diácono, a menudo te presentan algunos que van a recibir su primera formación en la fe cristiana, porque creen que

tienes abundantes dotes de catequista, por tus conocimientos de la fe y la persuasión de tus palabras. Tú, en cambio, según confiesas, casi siempre te encuentras en dificultad cuando tienes que exponer adecuadamente aquellas verdades que debemos creer para ser cristianos. No sabes cómo

ha de comenzar y terminar la exposición; si, terminada esta, debes añadir alguna exhortación o más bien los preceptos, mediante la observancia de los cuales el oyente debe aprender a mantenerse cristiano de profesión y en la realidad. Me confesaste además y te quejabas de que a menudo, durante un discurso largo y desgarrado,

tú mismo te sentías insatisfecho y aburrido, y más aún las personas que instruías con tus palabras y los que te escuchaban. Y ante estos hechos te sentías obligado a pedirme, por la caridad que te debo, te escribiera algo sobre este tema, si ello no me era muy gravoso en medio de mis ocupaciones (*Catech.* 1,1-2).

◆ El Credo

Un domingo antes de la Semana Santa, el obispo «entregaba» el Credo a quienes debían ser bautizados, es decir, se lo daba porque era un texto «secreto» que solo lo sabían los bautizados; tenían que aprenderlo de memoria y el domingo siguiente recitarlo ante todos. Dice:

El Símbolo es la regla de la fe, compendiada en pocas palabras para instruir la mente sin cargar la memoria; aunque se expresa en pocas palabras, es mucho lo que se adquiere con ella. Se llama Símbolo a aquello en que se reconocen los cristianos; es lo que en primer lugar y

concisamente os recitaré. Después, en la medida en que el Señor se digne concedérmelo, os lo explicaré, pues lo que quiero que aprendáis de memoria, quiero también que lo podáis comprender. Este es el Símbolo... (*Serm.* 213,2).

◆ El Padrenuestro

Algo parecido ocurre con el Padrenuestro. Dice:

Habéis recitado de memoria el Símbolo en el que se halla compendiada nuestra fe. [...] Así, pues, dado que ya habéis recibido, aprendido de memoria y proclamado en público cómo creer en Dios, recibid hoy cómo invocarle. Como habéis oído cuando se leyó el Evangelio, fue su mismo Hijo el que enseñó esta oración a sus discípulos y a los ahora bautizados. [...] Memorizad, pues, también esta oración que tenéis que recitar de memoria dentro

de ocho días. Por su parte, quienes de vosotros no fuisteis capaces de recitar debidamente el Símbolo, disponéis de tiempo todavía, dado que es el sábado, el último sábado, día en que vais a ser bautizados, la fecha en que tenéis que recitarlo de nuevo en presencia de todos los asistentes. A su vez, la oración que hoy recibís la tenéis que recitar en público dentro de ocho días a partir de hoy (*Serm.* 58,1).

◆ El (su) bautismo

Ved cómo explica su propio bautismo:

Así que cuando llegó el tiempo en que debíamos «dar el nombre», dejando la quinta, retornamos a Milán. Plugo también a Alipio renacer en ti conmigo, revestido ya de la humildad conveniente a tus sacramentos, [...] y así fuimos bautizados, y huyó de nosotros el cuidado en que estábamos por nuestra vida pasada. Yo no me hartaba en aquellos días, por la dulzura admirable que sentía, de con-

siderar la profundidad de tu consejo sobre la salud del género humano. ¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellas (*Conf. IX,6,14*).

◆ La Eucaristía

Un día de Pascua, Agustín predica sobre el sacramento de la Eucaristía. Mirad lo que dice, sin estar el sermón entero:

Tengo bien presente mi promesa. A vosotros, que acabáis de ser bautizados, os había prometido explicaros en la homilía el sacramento de la mesa del Señor, que también ahora estáis viendo y del que participasteis la noche pasada. Debéis conocer qué habéis recibido, qué vais a recibir y qué debéis recibir a diario. El pan que estáis viendo sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. El cáliz o, más exactamente, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Mediante estos elementos quiso Cristo, el Señor, confiarnos su cuerpo y su sangre que derramó por nosotros para la remisión de los pecados

(cf. Mt 26,26-28). Si lo habéis recibido santamente, vosotros sois lo que habéis recibido. Pues dice el Apóstol: «Siendo muchos, somos un único cuerpo, un único pan» (1Co 10,17). Es la manera como él expuso el sacramento de la mesa del Señor: Siendo muchos, somos un único cuerpo, un único pan. En este pan se os encarece cómo debéis amar la unidad. Pues ¿acaso ese pan se ha elaborado de un único grano? ¿No eran muchos los granos de trigo? Pero antes de confluir en el (único) pan, estaban separados. Merced al agua se unieron, después de pasar por cierta trituration. En efecto, si el trigo no pasa por el molino y con el agua se convierte en masa, en ningún

modo alcanza esta forma que recibe el nombre de pan. De igual modo, con anterioridad también vosotros erais como molidos con la humillación del ayuno y el rito del exorcismo. Llegó el bautismo y el agua: habéis sido amasados para ob-

tener la forma de pan. Pero no existe aún el pan si no hay fuego. ¿Qué significa, pues, el fuego, esto es, la unción con el óleo? El óleo, que alimenta el fuego, es efectivamente signo sagrado del Espíritu Santo (*Serm.* 227).

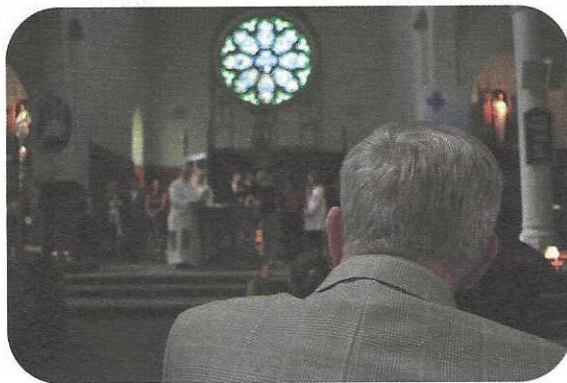
◊ El retorno a la vida

El obispo Agustín sabe que la dinámica de los sacramentos existe para hacer posible una vida de acuerdo con el Evangelio de Jesús. Dice:

Para no alargarme, puesto que tenemos mucho que hacer, el sermón que voy a dirigir a los regenerados en el bautismo que hoy van a mezclarse con el pueblo será breve, pero rico en contenido. Vosotros, los bautizados que cumplís hoy el misterio de vuestra octava, acoged estas breves palabras. [...] Se os llama infantes porque habéis vuelto a nacer, habéis entrado en la nueva vida y habéis renacido para la vida eterna, si no sofocáis con vuestro mal vivir lo que ha renacido en

vosotros. Vais a ser restituidos al pueblo y os vais a mezclar con la muchedumbre de los fieles; estad atentos a no imitar a los malos o, mejor, a los falsos fieles. Fieles porque fingen confesar la fe, pero infieles por vivir mal. [...] No hagáis a los demás, sea a los hombres, sea a Dios, lo que no queréis que os hagan a vosotros (cf. Mt 7,12; Lc 6,31) ¿Para qué cargaros con más? Obrad así, y el Dios de la paz estará con vosotros (Flp 4,9) (*Serm.* 260).

Todo esto es muy actual, ¿verdad que sí?



para que aparezca el amor y se establezca el Reino de Dios (Mt 25,32). Jesús ha venido para reunir a todos los pueblos (Mt 13,47: los peces representarían la diversidad de los pueblos) y para reunir a los hijos de Dios dispersos (Jn 11,52).

La tradición juánica vincula la Eucaristía con el servicio mediante el gesto profético del lavado de los pies (Jn 13,3-20). Si relacionamos la pregunta de Jesús a los Doce en el cuarto evangelio (Jn 13,12-15) con la que hace en el tercer evangelio (Lc 22,27), entonces descubriremos que Jesús invita a unir la celebración de la Eucaristía con el servicio de solidaridad, con la atención hacia los pobres y *los sobrantes* de nuestra sociedad individualista y capitalista. Y el Espíritu Santo es quien nos hace descubrirlo (cf. Hch 6,1-7).

La Eucaristía se hace presente donde se mezclan dos afirmaciones de la Primera carta de Juan: «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (3,16), y nuestros hermanos son los hambrientos y los sedientos, los enfermos y los presos, los inmigrantes y los sintecho (cf. Mt 25,40).

La celebración eucarística es una celebración comunitaria, una manifestación de la comunión trinitaria y, a la vez, de la fraternidad humana. La comunión fraterna, pero, no se basa ni en una unión de carácter jurídico ni en una

yuxtaposición de individuos o grupos; simplemente se trata de estar unidos por el amor de Dios manifestado en Jesucristo (cf. Jn 3,16; Jn 13,1; Plegaria eucarística IV) y desde la propia diversidad creada por la acción del Espíritu. Los creyentes, gracias a esta acción transformadora del Espíritu, estamos incluidos en la Eucaristía en una única e indivisible realidad, ser un único Cuerpo en el único Cuerpo de Cristo. Y, en este único Cuerpo de Cristo, unidad y diversidad se interaccionan, y uniformidad y división se excluyen.

En definitiva, la Iglesia ya «reunida *por Dios*» debe reunir a todos los pueblos *para Dios* en Cristo Jesús, y eso ya sucede en la Eucaristía, donde somos un solo Cuerpo, a pesar de ser muchos y diferentes (cf. 1Cor 10,16-17). Y gracias a la acción del Espíritu en la Eucaristía, se anticipa el Reino; en él se manifiesta la Iglesia tal como es, es decir, una comunión con Dios y con los pobres y entre nosotros: todo el *universo creado* (cf. Rom 8,22) *prueba* el alumbramiento de la nueva creación. Por eso, en la plegaria eucarística, se ponen a la memoria de Dios Padre todas las realidades creadas.

JAUME FONTBONA

*Presidente del CPL
y director de Misa Dominical*

Día del Seminario, una tarea de todos

Cada año, la fiesta de San José nos da la oportunidad de celebrar el Día del Seminario, es decir: conocer a nuestros seminaristas, orar por ellos y colaborar en su formación.

Como todos conocemos bien, en nuestra casa y, en general, en todo Occidente, desde hace tiempo, sufrimos un fuerte descenso de las vocaciones sacerdotales y también de la vida religiosa. La crisis, sin embargo, también se empieza a notar en los países de América y África. En cambio, donde se constata un crecimiento considerable es en el continente asiático. Cuando se estudian las causas de los cambios en las estadísticas de las vocaciones, siempre aparece el factor demográfico, la secularización, el consumismo, la crisis de las familias, el miedo a los compromisos definitivos, la mala imagen de la Iglesia, etc. Solo hace falta ver las diferentes reacciones que aparecen muy claramente en la exitosa película *Los Domingos*, ante la decisión de una joven de entrar en un monasterio de vida contemplativa. En nuestras comunidades cristianas quizá no toca analizar ni sacar conclusiones de todos estos factores, pero sí que nos corresponde velar para que las llamadas que el Espíritu sigue suscitando en el corazón de nuestros jóvenes encuentren el acompañamiento adecuado.

Desde el Concilio de Trento, los obispos erigieron sus seminarios o casas de formación, con la finalidad de

que los futuros pastores de las diócesis encontraran los recursos y el clima necesarios para vivir en fraternidad, para realizar los estudios filosóficos, teológicos y pastorales, así como obtener una conveniente formación y dirección espirituales. En el momento actual, tanto los obispos como los responsables de las congregaciones religiosas se han encontrado con la necesidad de unificar los seminarios y centros de formación, de acuerdo con los criterios de los dicasterios pontificios correspondientes. Justamente, en esta nueva situación, hay que sumar esfuerzos y ofrecer nuestra colaboración, ya que la acogida, el acompañamiento y el discernimiento de las vocaciones en general y, en particular, de las vocaciones sacerdotales es una tarea de toda la Iglesia. Como se nos recuerda en la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* (núm. 38): «Pero hoy, la espera suplicante de nuevas vocaciones debe ser cada vez más una práctica constante y difundida en la comunidad cristiana y en toda realidad eclesial. Así se podrá revivir la experiencia de los apóstoles, que en el Cenáculo, unidos con María, esperan en oración la venida del Espíritu, que no dejará de suscitar también hoy en el Pueblo de Dios dignos ministros del altar, testigos valientes y humildes del Evangelio».

SALVADOR BACARDIT
Rector del Seminario de Barcelona

Lumen gentium 2–4: La Iglesia en el designio salvador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

Parte del origen de la Iglesia procedente de la Trinidad, no en la forma dogmática de tres personas y una naturaleza, sino en una perspectiva bíblica y como historia del revelarse progresivamente Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, «aunque tengamos dificultades para contemplar la Trinidad, a través de la encarnación del Hijo y la donación del Espíritu Santo podemos caminar con cierta luz y sin error» (Rupert de Deutz, siglo XII).

LG 2: Se inicia con el Padre que «estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia», así: 1) la Iglesia prefigurada desde el origen del mundo; 2) la Iglesia preparada en la historia de Israel; 3) la Iglesia constituida en los tiempos últimos; 4) la Iglesia manifestada por la efusión del Espíritu Santo; y 5) la Iglesia consumada gloriosamente en el fin de los tiempos. Y termina con: «Todos los justos desde Adán, “desde el justo Abel hasta el último elegido”, serán congregados en una Iglesia universal en la casa del Padre».

LG 3: El origen concreto de la Iglesia parte de la predicación de Jesús sobre el Reino como Iglesia presente misteriosamente, y de forma simbó-

lica y relevante en la cruz, con «el agua (bautismo) y la sangre (Eucaristía) que salieron del costado abierto de Jesús» (Jn 19,34; *SC* 5), como los dos mayores sacramentos de la Iglesia, según la gran tradición eclesial.

LG 4: «El Espíritu habita en la Iglesia». De aquí la verdadera «perla» de la pneumatología conciliar con muchos términos sobre la función del Espíritu: santifica, crea comunión, da vida, luz, verdad, libertad, resurrección, fuerza, unidad... A la vez, el Espíritu «rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo». De aquí que terminará citando: «En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven!» (Ap 22,17).

El periodo trinitario de *Lumen gentium* 2–4 termina en forma de síntesis trinitaria con la definición de la Iglesia de san Cipriano: «Y así toda la Iglesia aparece como “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”», ¡así muestra que la Iglesia es una comunión, que tiene su fundamento más profundo en la unidad del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo!

Cuaresma, camino de esperanza

Nuestra vida es un viaje que cada día nos pregunta si tenemos claro el destino, si tenemos lo que necesitamos para alcanzarlo, si vamos por la buena senda o si estamos perdidos, si aún tenemos la voluntad de seguir adelante o si estamos tentados de sentarnos al borde del camino, quizá esperando a alguien que nos pueda ayudar y animar. Salir, ponerse en camino, ha marcado y sigue marcando la vida de tantas personas, de comunidades enteras o pueblos que partieron en busca de nuevas oportunidades para sus vidas. Algunos huyen de guerras, represión, falta de libertad; otros buscan un mundo nuevo, una nueva tierra donde poder ejercer su profesión, desarrollar sus propios talentos, expresar sus dones, vivir en paz con sus familias. También la Cuaresma, que cada año nos conduce hacia la Pascua, se propone como un camino a recorrer para encontrar nuevas oportunidades, nueva libertad, nueva dignidad. La figura de los cuarenta días evoca el camino de cuarenta años del pueblo de Israel vivido como un éxodo, una liberación. Guiado por Moisés y acompañado por la poderosa mano de Dios, este pequeño pueblo pudo por fin abandonar la tierra que los mantenía en esclavitud y partir en busca de su propia libertad, su propia identidad, su propia fe, su propio Dios, la tierra de sus antepasados.

Este éxodo ilumina también este tiempo cuaresmal nuestro, cuarenta días para recordar hacia dónde vamos, a qué libertad estamos llamados, de qué tierra prometida somos herederos: la vida nueva que el Señor resucitado y vencedor del mal y de la muerte nos comunica en el bautismo y alimenta en los sacramentos.

Con los ecos aún del reciente año jubilar, la Cuaresma se convierte en un camino lleno de esperanza; de hecho, como decía el papa Francisco, «el camino en el que la propia esperanza se forma». Un camino para no recorrer solos, sino en compañía: compartir viaje es tranquilizador. Nos damos la mano con esta generación nuestra, con sus retos y contradicciones, expectativas y decepciones, alegrías y esperanzas. Caminamos con nuestra comunidad de hermanos y hermanas que, hechos tales por el bautismo, se esfuerzan por mantener encendida la llama de la fe, alimentándola y defendiéndola de los vientos contrarios. Esto es la Cuaresma: recorrer el camino que el Señor nos ha abierto para llegar a la vida plena, eterna y bienaventurada.

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, SSS

Centre de Pastoral Litúrgica

☒ Diputació 231 - 08007 Barcelona
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa 619 741 047

Director de la publicació: Jaume Fontbona

Año LVIII

Suscripción anual: 114,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975